

BAJO la frase que abre los fragmentos segundo y tercero de «Espacio», Francisco Javier Blasco ha recogido un importante conjunto de prosas juanramonianas de reflexión crítica sobre la literatura. Muchos de los textos que ahora se editan son rigurosamente inéditos; otros no habían sido recopilados nunca y eran de imposible acceso al lector no especializado. El resultado son doscientas páginas de rica, acerada prosa, en las que Juan Ramón Jiménez despliega su perspicacia como crítico —de sí mismo y de las obras ajenas— y, a la vez, da rienda suelta a sus fantasmas y compulsiones personales.

Decir que Juan Ramón Jiménez es uno de los grandes prosistas españoles de este siglo no constituye a estas alturas ninguna novedad, aunque seguramente dista de ser una realidad reconocida por todos. Afirmar, en cambio —y se ha afirmado—, que sus excelencias como prosista superan a sus cualidades como poeta no deja de ser un modo bastante malicioso de evaluar su figura. Prosa y verso fueron para Juan Ramón Jiménez instrumentos distintos pero complementarios. Con agudeza, él mismo señaló que la prueba de fuego del gran poeta era la prosa y que no existía el buen poeta y mal prosista. En nuestro siglo, éste es un hecho irrefragable: ahí están el Machado de «Juan de Mairena», el Lorca de las conferencias, el Neruda de «Confieso que he vivido», el Salinas de «El defensor», el Cernuda de «Ocnos» y de las narraciones, por citar sólo algunos casos.

La prosa juanramoniana se encuentra particularmente mal editada. A excepción de «Platero y yo» y de «Españoles de tres mundos», que cuentan ya con anotaciones y textos rigurosos, el resto flota entre las diferentes selecciones que, no siempre con criterios afortunados, han ido proponiendo sucesivos editores. Aquel tejer y destejer constante de títulos y proyectos que fue el poeta de «Espacio» ha permitido la incesante constitución de volúmenes o, lo que es peor, de «libros» que, en su misma abundancia, orientan más que desorientan al lector. Blasco ha elegido con acierto un título que nada tiene que ver con ninguna de las obras proyectadas por el poeta y bajo él ha agrupado materiales de indiscutible interés pero que no se corresponden con ningún plan concreto del autor. Naturalmente, la reconstrucción de sus proyectos es lícita y previa a cualquier edición completa de la prosa, como señala el editor, pero siempre que sea eso: una reconstrucción, no una invención.

En varias ocasiones proyectó Juan Ramón Jiménez agrupar y ordenar su prosa crítica. En 1954 reservó cuatro libros, de un total de siete, que formarían «Metamorfosis» (así lo escribía él, con tilde), a la crítica y a la teoría literaria o poética. Ese mismo año elaboraba otro proyecto, con el título de «Destino», en el que distinguía las siguientes secciones: prólogos, aforismos, crítica, cartas literarias, conferencias, alerta (guiones radiofónicos sobre literatura española y americana redactados en 1942), polémicas literarias, caricaturas líricas, actos públicos. Francisco Javier Blasco se ha ajustado a este esquema en la extensa y útil introducción, y lo ha tenido en cuenta en la presentación del material, aunque simplificándolo por razones obvias.

Con las salvedades apuntadas, la obra de Blasco se suma a otras de similar orientación. Así, por ejemplo, «Crítica paralela», editada por Arturo del Villar (1975); «Estética y ética estética», que cuidó Francisco Garfias

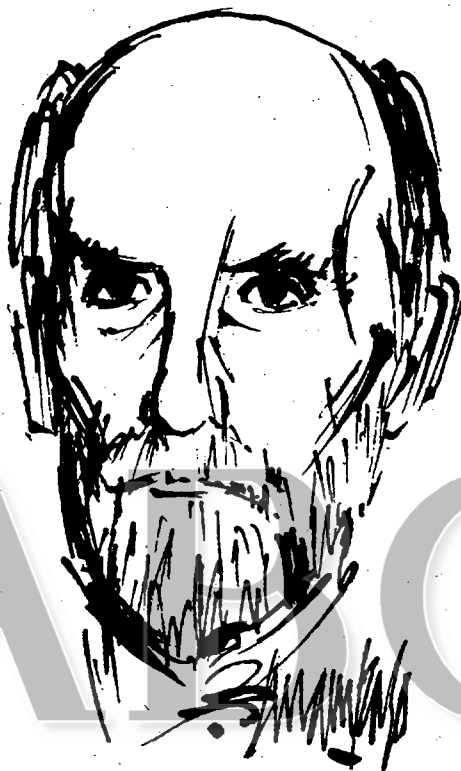
Y para recordar por qué he venido

Juan Ramón Jiménez

Edición de Francisco Javier Blasco. Pre-textos. Valencia, 1990
277 páginas. 2.250 pesetas

(1967); «El modernismo. Notas de un curso», que publicaron Ricardo Gullón y Eugenio Fernández (1962), o la «Política poética», que vio la luz bajo la responsabilidad de Germán Bleiberg y Francisco Hernández Pinzón (1982).

La identificación entre crítica y creación es



«Muchos de los textos que ahora se editan son rigurosamente inéditos; otros no habían sido recopilados nunca. El libro no tiene desperdicio: en la frescura del estilo, en el rigor de muchos juicios y observaciones y... también en la malignidad»

uno de los rasgos que mejor caracterizan a la poesía moderna desde Baudelaire, o incluso antes (Victor Hugo). Blasco arranca de este supuesto, cierto, para someter a examen la notable vertiente crítica de la obra juanramoniana. «Un poeta —escribía el autor de «Platero y yo», y Blasco aduce— puede completarse a sí mismo, si quiere, porque es mitad creador y mitad crítico, las dos mitades del hombre auténtico que es el poeta.» Desde este punto de vista, Juan Ramón Jiménez era implacable. Tanto, que no dudó, primero, en hacer tabla rasa de toda su primera etapa —quince años— y en someter después el res-

to de su producción a un incansable proceso de depuración y cambio, en una jamás cerrada «metamorfosis». Su obra salió perjudicada en parte con esta

obsesión correctora, aunque en contrapartida se hicieron realidad textos memorables, como «Leyenda», una de cuyas ediciones, para vergüenza de nuestra cultura, fue saldada hace años en unos grandes almacenes. En el «Prólogo jeneral», que es de sus últimos años y que se recoge en esta edición, el poeta llega a responsabilizar a la condición «vacilante» de nuestra época de esta continua vacilación suya: «... qué justo orgullo —anota— el de llegar a esa vacilación en una expresión conseguida por uno mismo» (página 82).

Juan Ramón Jiménez fue un excelente crítico, dejando a un lado sus fobias. Los historiadores de la literatura le deben —es, sobre todo, el legado de las «Conversaciones con J. R. J.», de Ricardo Gullón (1958), y del curso sobre el modernismo— el restablecimiento de una visión mucho más real de la evolución literaria española, que centró en el movimiento modernista la génesis y constitución de nuestra creación verbal contemporánea, al orillar el mito cuasi imperialista del noventa y ocho. Sus valoraciones de la literatura coetánea —desde el momento modernista que refleja en sus reseñas publicadas en revistas y periódicos hasta la irrupción y consolidación del vanguardismo, que anotó tanto de modo impreso como en sus cartas— están llenas de sagacidad.

Lo malo fueron las fobias. Con Jorge Guillén, Pedro Salinas o José Bergamín, pero también con Gómez de la Serna o con Jarnés, fue el autor de «Espacio» de una injusticia sobrecogedora. No sin estupefacción puede leerse en esta edición de Blasco (páginas 207-208) que «la escritura poética de Pedro Salinas es voz de cornete de nariz y su amor cantado, amor de cornete de nariz; falsete y labia, truco y timo». (Los archivos de la Sala Zenobia-Juan Ramón guardan, al parecer, maledicencias abrumadoras.) Pero hubo también una reflexión teórica considerable, llena de penetraciones y sabidurías, a las que será difícil volver la espalda desde perspectivas críticas o estéticas.

El libro no tiene desperdicio: en la frescura del estilo, en el rigor de muchos juicios y observaciones y... también en la malignidad: ¡esa carta a «Azorín» en respuesta a la crítica de éste a «Poesía» (1923)! [«su posición actual, mi querido Azorín, es de una inmoralidad insostenible» (página 228)], o las rectificaciones a la singular biografía de Ramón Gómez de la Serna (acaba de reeditarla Aguilar: «Retratos contemporáneos» (1989): lástima de las erratas, que afean un texto tan notable). Los prólogos son piezas clave para entender la estética del poeta. Lo fueron ya los que antepuso a los libros publicados en vida: recuérdese, por ejemplo, la magistral presentación del «Diario de un poeta recién casado». Las más de setenta páginas de aforismos —esas joyas aún sin editar por completo: son cerca de diez mil—, que Blasco ordena temáticamente, resultan luminosas por su profundidad y anchura en las muy diversas zonas que toca. Las únicas excepciones se producen cuando el aforismo se vuelve «impuro» y los fantasmas de Bergamín o de Guillén maniatan la pluma del poeta. Pero hasta en su brutal narcisismo («Soy eterno, no tengo solución posible», página 103) son enormemente atractivas.

Miguel GARCÍA-POSADA